

PROBLEMA FUNDAMENTAL DE LA CATEQUESIS ESCOLAR

En un primer artículo sobre el tema de la catequesis escolar [cfr. SINITE, 5 (1964) 191-216] llegábamos a concluir que la escuela, cuando las leyes que la rigen están impregnadas de espíritu cristiano, ofrece posibilidades realmente ventajosas para la acción catequística.

Con posterioridad a la publicación de ese artículo hemos podido leer en un documento catequístico tan importante como es el *Directoire de Pastorale Catéchétique à l'usage des diocèses de France* este párrafo que transcribimos íntegro: «La escuela cristiana desempeña un *papel privilegiado* —el subrayado es del documento— en la educación de la fe. Por sí misma constituye un medio cristiano de formación: la vida toda de la escuela, el ejemplo de los maestros, las relaciones con las familias y con la parroquia ofrecen condiciones propicias para el descubrimiento de los valores cristianos sobre los que se apoya la catequesis; permite realizar de un modo permanente la síntesis entre las verdades de fe y los conocimientos profanos; proporciona, finalmente, un marco regular para los cursos de enseñanza religiosa»¹.

Este marco que ofrece la escuela para la enseñanza de la religión, es considerado tan ventajoso que, para beneficiarse de él, aun en los centros oficiales, laicos por naturaleza, «debe organizarse nor-

¹ *Directoire de Pastorale Catéchétique à l'usage des diocèses de France*, número 186. En «Catéchese», enero 1964.

malmente la enseñanza en el cuadro del establecimiento y darse en cursos regulares»².

Es evidente, sin embargo, que la catequesis escolar necesita algo más que un marco apropiado para ser plenamente eficaz. El marco de la escuela representa un condicionamiento favorable para la acción catequística. Pero no es más que eso: un condicionamiento. Para que la eficacia de la catequesis sea plena debe realizarse según el *espíritu* y los *principios* de una catequesis auténtica. Y es precisamente en el espíritu y en los principios dominantes aun en la catequesis de hoy donde creemos que radican sus problemas básicos. Cuando debiera estar animada por un espíritu pastoral, está dominada por eso que con sentido peyorativo se ha llamado «espíritu escolar». Y cuando debiera estar regida por los principios de la pedagogía divina se rige por normas que, en el mejor de los casos, pueden ser excelentes para la transmisión de los conocimientos profanos, pero no lo son para transmitir el mensaje de salvación.

Es de advertir que esta situación no es privativa de la catequesis escolar. Se da un poco en toda catequesis. Pero corre el riesgo de acentuarse en la escolar por las condiciones del marco en que se desarrolla.

Está urgiendo, pues, la superación de ese espíritu malo, esterilizante de toda acción fecunda. Y creemos que, para lograrlo, nada hay mejor que empezar por establecer y difundir en el mundo catequístico ideas muy claras acerca de la *naturaleza* y del *fin*, de la verdadera catequesis, y del *valor* que tienen los diversos *medios* que la pedagogía catequística ofrece en orden a conseguir los efectos propios de la catequización.

Eso es lo que vamos a intentar brevemente. Pero antes, será bueno que hagamos un pequeño análisis de eso que denominamos «espíritu escolar».

EL «ESPIRITU ESCOLAR» DOMINANTE HOY EN LA CATEQUESIS

El espíritu escolar consiste en que la religión viene a ser para el niño, el adolescente o el joven, una asignatura. Una más de las comprendidas en el plan de estudios, que hay que aprender de modo

acentuadamente intelectualista para rendir cuenta de ella a la hora del examen.

El origen del intelectualismo dominante en la catequesis se sitúa históricamente en los comienzos de la edad moderna. Ante el hecho de la herejía protestante, que difundía sus doctrinas mediante los catecismos compuestos por el propio Lutero, los teólogos católicos elaboraron también catecismos en los que compendiaron en fórmulas exactas y concisas lo esencial de la teología. Importaba mucho que todo cristiano conociera con precisión las verdades de su fe, especialmente las que eran objeto de controversia y discusión. Y se puso el máximo acento en lograr que todos aprendieran a la letra, una por una, las fórmulas del catecismo. Es evidente que la auténtica catequesis de entonces, como la de todos los tiempos, aspiraba a algo más que a la memorización de fórmulas. El método de San Sulpicio, que tanta aceptación tuvo y tanta difusión alcanzó, era un método catequístico que miraba a la educación de la fe. Pero pronto no quedó de él, en la mayoría de los casos, más que una caricatura. Se fueron dejando de lado ciertos elementos: —los avisos, los ejercicios escritos, el canto— que, aun siendo secundarios, tenían importancia en el conjunto, para quedarse con el simple análisis intelectual de las fórmulas y con su memorización. El catequista no aparece ya como el transmisor del mensaje de salvación. Su papel queda reducido al de mero enseñante. Y su preocupación se centra en hacer que los educandos aprendan de memoria el texto doctrinal. Pasa así a ser un elemento secundario que cede el primer plano al libro en donde el niño estudiará las fórmulas, a ese «catecismo seco y frío, preocupado únicamente por la lógica formal, que presenta una doctrina totalmente desencarnada que sólo se dirige a la inteligencia y a la memoria»³.

Esta tendencia intelectualista inicial se acentuó luego con la implantación de la escolaridad obligatoria; y se agravó en virtud de la influencia de la corriente intelectualista y racionalista del siglo de la ilustración.

En la actualidad aún no hemos logrado del todo liberarnos de ella. Los alumnos van a la escuela para aprender, sin que generalmente vean relación ninguna entre lo que aprenden y la vida real. ¿Por qué en religión va a ser de distinto modo? Como en todas las de-

³ BOYER: *En Guy de Bretagne*. «Pastorale Catéchétique», pág. 52. Desclée de Brouwer, París.

más asignaturas de lo que se trata es de aprender la lección y de obtener una calificación aceptable. De este modo se establece una separación entre la doctrina y la vida. La clase de religión adoctrina, pero no se cristianiza al hombre entero. «Y así resultan esos cristianos en cuya existencia se levanta un muro entre la vida religiosa y los deberes que comporta: misa dominical, comunión frecuente, limosnas, etc., y la vida profana y sus problemas: problemas del dinero, del amor, de la política, del trabajo, del ocio, de las relaciones sociales, los cuales quedan fuera de la órbita de Dios»⁴.

Pero no es sólo el alumno el que se deja dominar por la mentalidad intelectualista escolar. También el profesor, aunque sea de modo inconsciente muchas veces, transfiere fácilmente al terreno de la religión el espíritu que domina en las disciplinas de la ciencia del mundo, donde la inteligencia humana juega el papel principal, y adopta, sin las necesarias matizaciones y la debida acomodación, los procedimientos vigentes en la enseñanza de cualquier asignatura. Y en lugar de presentarse como el mensajero de Dios que anuncia una doctrina de salvación se convierte en el mero profesor que sabe y transmite su saber en el plano de lo nocional.

Por fortuna nos estamos dando cuenta del error que supone y de los graves inconvenientes que resultan de semejante orientación y de semejante espíritu y estamos tratando de reaccionar contra todo ello. Pero no es nada fácil terminar de una vez con modos de ser y de actuar tan arraigados en la misma entraña de la realidad, máxime teniendo en cuenta que las propias estructuras mentales de los que han de cambiar la situación están forjados en un sistema de formación en el que los conocimientos doctrinales se han adquirido generalmente con espíritu rigurosamente científico, ajeno a las preocupaciones de orden educativo y pastoral. Es necesario empezar por cambiar la mentalidad y obtener perspectivas correctas. Hay que distinguir, puesto que son distintas, la función teológica de la función catequística en la Iglesia: la primera mira a la inteligibilidad de la fe por el *análisis científico* de las verdades dogmáticas; la segunda mira, ante todo, a transmitir esas verdades en cuanto que expresan el pensamiento mismo de Dios que revela su misterio de salvación y reclama la adhesión filial del creyente. Mientras estas funciones queden confundidas, el catequista pensará que su función es trasla-

⁴ Alfred SIRONVAL: *Pour une Pédagogie catéchétique*, pág. 16. Casterman, 1961.

dar a un lenguaje más sencillo las tesis teológicas, lo cual supone sacrificar algo del carácter específico de la catequesis. Ahora bien, este cambio de mentalidad y la adquisición de perspectivas auténticas sólo se logra a base de conceptos claros y valoraciones justas. Hemos de preguntarnos por consiguiente: ¿Qué es la catequesis? ¿Cuál es su fin? ¿Cuál es la forma y cuáles son los procedimientos adecuados para conseguir los objetivos específicos?

CONCEPTOS INSUFICIENTES Y CONCEPTO AUTENCICO DE LA CATEQUESIS

En los últimos tiempos, *catequesis* ha significado algo muy limitado y restringido. Se ha identificado con «enseñanza de la religión»⁵ y aun con simple enseñanza del catecismo a los niños⁶. Pero la catequesis no mira sólo al niño, ni siquiera ampliando este concepto hasta sacarlo de su acepción normal para comprender en él al adolescente y al joven. Mira al hombre en todas las edades y en todas las situaciones de la vida, por cuanto todo hombre, cualquiera que sea su edad y su condición, necesita de la catequesis para perfeccionar su fe y progresar en la vida de fe. Si es cierto que es en la infancia y en la juventud cuando más necesaria se hace la catequización, y que la renovación catequística de los últimos decenios ha centrado en este terreno su interés y sus esfuerzos, la catequesis no puede limitarse a él, sino que deberá atender también al sector del hombre adulto.

Tampoco puede reducirse la catequesis a sólo el acto de la enseñanza de la religión. Aunque la enseñanza de la religión, que supone una *institución estable* en la que se enseña la síntesis de los conocimientos de fe según *métodos apropiados*, sea la *forma privilegiada* de la catequesis, no es la forma única, puesto que a través de todo acto de la Iglesia, pertenezca a su liturgia o a la vida de sus miembros, puede realizarse la catequización⁷.

Es necesario, pues, ampliar ese concepto de catequesis, que tan estrecho se había quedado, para que adquiriera toda su significación. Para ello hay que situarla en el «ministerio de la palabra» conferido por Cristo a la Iglesia cuando envió a sus apóstoles, como

⁵ Conf. J. HONORE: *Signification du Directoire dans l'histoire du mouvement catéchétique*. «Catéchèse», núm. 14, 1964, pág. 87.

⁶ Conf. A. SIRONVAL: *Op. cit.*, pág. 16.

⁷ Conf. *Directoire de Pastorale catéchétique*, p. 31.

el Padre le había enviado a El (Jn. 20, 21), con la misión de anunciar la Buena Nueva del Evangelio a todas las Criaturas: Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándolas a observar todas las cosas que yo os he mandado (Mt. 28, 19-20). Situada así, podemos definirla como la *función pastoral que transmite la palabra de Dios para despertar y alimentar la fe*⁸.

La palabra de Dios transmitida en la catequesis contiene un mensaje personal de Dios al hombre: el mensaje de salvación. Y el hombre debe aceptarlo y responder a él con un acto de fe y una actitud afirmativa de entrega de sí mismo. Ya en su sentido primitivo el término catequizar, derivado del griego «katejein», significa hacer resonar. Y, como observa Sironval, «ese verbo señala bien el carácter de la catequesis: no es la simple transmisión de una doctrina; es la proclamación de un mensaje que interpela al oyente, que se dirige a su corazón tanto como a su inteligencia y lo pone en trance de responder, de tomar partido⁹. Este tomar partido es la aceptación del mensaje con todas sus consecuencias.

Con esto parece queda bien precisada la cuestión de la naturaleza: la catequesis consiste en la transmisión de la palabra de Dios, dando al término transmisión, por supuesto, la máxima amplitud respecto del modo de realizarse. Queda también apuntada la cuestión del fin: la catequesis ha de despertar y alimentar la fe; o, si se quiere, *educar la fe*. Pero esto está exigiendo algo más que un simple apuntamiento.

LA CUESTION DEL FIN, PROBLEMA BASICO

El fin, por cuanto es principio de actividad y término de la acción educativa, tiene singular importancia en el proceso de la educación. Antes de iniciar cualquier forma de acción educativa es necesario tener bien clara la idea del fin.

El fin de la catequesis acabamos de decir que es suscitar y alimentar la fe, *educar la fe*. Si reflexionamos un poco vemos que en todo proceso educativo nos encontramos con unas potencialidades radicadas en el ser del educando que han de ser desarrolladas mer-

⁸ *Directoire de Pastorale catéchétique*, núm. 4.

⁹ A. SIRONVAL: *Op. cit.*, pág. 14.

ced al alimento nutritivo que desde fuera se le proporciona con la acción educadora. Pues bien, en la educación de la fe, no ocurre de otro modo. En la naturaleza de todo ser humano hay una tendencia profunda que lo orienta hacia Dios. Y si se trata de un bautizado hay un *germen* de verdadera y auténtica fe. El niño, que al acercarse a la pila bautismal, pide la fe, la recibe real y plenamente. Y el recién bautizado «sacado en alegre cortejo de la pila bautismal posee ya las virtudes de fe, esperanza y caridad, por más incapaz que sea de cooperar personalmente con la gracia. La razón es bien sencilla: estas virtudes no son adquiridas, sino infusas»¹⁰. Pero es necesario que ese germen de fe se desarrolle. Y para ello hace falta que sea alimentado con el alimento de la palabra de Dios. Es necesario que, a medida que sus facultades se vayan despertando, adquiera el sujeto un conocimiento explícito de Dios y de las verdades que constituyen el contenido del misterio divino y les preste su adhesión personal consciente y voluntaria. Y si, en último término, quien da ese conocimiento y hace posible esa adhesión es Dios mismo, puesto que «nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo habrá querido revelarlo» (Mt. 9, 27), Dios se sirve, sin embargo, del concurso de aquellos hombres a quienes ha confiado la misión de enseñar su divina palabra¹¹. La fe proviene del oír. Mas ¿cómo creará nadie en el Señor si no ha oído hablar de El? (Rom. 10, 14).

La *enseñanza del contenido doctrinal* religioso es, pues, necesaria y aparece como un primer paso en el proceso de la educación de la fe, fin de la catequesis. Podemos, pues, afirmar que catequizar es, en primer lugar, enseñar un contenido doctrinal. Y esto hemos de afirmarlo hoy muy alto y muy claro, puesto que, mientras hay quienes persisten en esa actitud de limitar su acción catequística a mera enseñanza de tipo nocional, que antes hemos señalado como problema grave, otros, en su afán de reaccionar contra esa situación lamentable, pasando al extremo opuesto, reducen su acción a simples reflexiones y exhortaciones de tipo piadoso y ponen el acento en procurar vivencias religiosas que carecen de contenido. Quienes así proceden olvidan que el «conocimiento conveniente y apropiado de las verdades religiosas es el fundamento y base de la formación

¹⁰ J. RIMAUD: *Sobre la educación religiosa*, pág. 16, Ed. Fax.

¹¹ Conf. Marc. 16, 15-16.

espiritual de las almas y de toda la vida cristiana»¹². Es semejante modo de proceder, sobre todo cuanto tiene lugar en la catequesis institucional, el que ha dado lugar a la autorizada puntualización siguiente: «la función específica y el fin próximo del catecismo es transmitir el mensaje de la Iglesia, proporcionar la enseñanza de la religión. Es así como desempeña su papel necesario y primordial en la educación religiosa total. Si el catequista, por consiguiente, debe preocuparse de la formación actual de la conciencia del niño y de la inserción de la enseñanza dada en su vida, concederá siempre prioridad a la instrucción religiosa propiamente dicha¹³.

Pero no hay que olvidar eso: que la instrucción no es más que el fin próximo. Con todo lo primordial y fundamental que sea, no es más que el primer paso de un proceso. Y para la consecución plena del fin hay que desarrollar el proceso en su totalidad. La catequesis no puede contentarse con hacer *sabios*; tiene que hacer *creyentes*. Y ser creyente implica admitir aquello que es objeto de conocimiento, aceptarlo, prestar la total adhesión de la inteligencia, del sentimiento y de la voluntad. Creer en Dios supone, pues, una actitud de aceptación plena de Dios y de su palabra. Supone, además, una conversión, es decir, un cambio de mentalidad, un corazón renovado, una transformación de la conducta: el nacimiento de un «hombre nuevo» según la expresión paulina. Cada vez que se le pone al hombre en contacto con la palabra de Dios —cada vez que se le enseña religión— el conocimiento del objeto de la fe debe provocar el acto de fe; y el acto de fe debe implicar conversión y traducirse en deseo, en determinación, en compromiso de acuerdo con lo que la fe exige.

Aquí se ha de tener muy en cuenta que la enseñanza religiosa no provocará el acto de fe sino en la medida en que a través de la enseñanza se perciba a Dios hablando e interpellando personalmente al hombre. Porque es Dios y lo que Dios nos dice lo que es objeto de la fe. Y porque es a la interpelación de Dios a la que el hombre responde. No es el puro conocimiento de unas verdades meramente objetivas lo que produce efecto; es la palabra de Dios la que es «espíritu y vida», la que es viva, eficaz y tajante más que

¹² Pío XI: *Observantissimas litteras*. Col. de Encíclicas y Radiomensajes página 113.

¹³ *Communiqué de la Commission Episcopale de l'Enseignement religieux*. En «Catéchistes», núm. 33 (1958).

una espada de dos filos, que penetra hasta los pliegues del alma y del espíritu» (Hbr. 4, 12). De ahí que en la catequesis haya de ponerse tanto empeño en presentar a Dios manifestándose a los hombres y hablándoles por medio de los profetas en el Antiguo Testamento; manifestándose y hablando después por medio de su Hijo Jesucristo; manifestándose y hablando ahora en su Iglesia y por su Iglesia, en la que Cristo sigue viviendo y actuando. De ahí, igualmente, que el catequista no haya de presentarse como simple profesor que enseña, sino como apóstol que habla en nombre de quien lo envía, como profeta que anuncia el mensaje que ha recibido, como testigo que con sus palabras y con su vida da testimonio de lo que ha visto y oído, de lo que el mismo cree y vive sincera y plenamente.

Suscitar el acto de fe en las verdades propuestas a la inteligencia; alimentar una fe honda y vigorosa que ponga al sujeto en disposición de obrar, he ahí el fin esencial de la catequesis. ¿Pero no habrá de ir más allá? ¿No quedará todavía algún paso que dar para completar el proceso educativo de la fe? Ciertamente que sí. La disposición de vivir la fe no ha de quedarse en mera disposición indefinida de hacer. Tiene que desembocar en el hacer concreto de la vida real. Y para ello es necesario que la catequesis se preocupe también de ayudar a *precisar los actos concretos* de esa vida real, en los que se ha de responder a la interpelación divina, y de facilitar la práctica de esos actos y la adquisición de auténticos hábitos de vida cristiana. Por tal motivo nunca ha de faltar en un buen método de enseñanza religiosa el momento ese tan interesante de la *aplicación* de los principios doctrinales a las situaciones concretas de la vida. Y es de suma importancia *establecer* en torno al educando *un cuadro* de vida en el que se piense y se viva en cristiano para que adquiera el hábito de pensar y de vivir así. En este orden de lo práctico interesa de una manera especial *introducir al niño en el mundo litúrgico* para que viva la vida de la Iglesia viviendo el misterio de Cristo constantemente renovado en la liturgia. Muchas personas de fe se quedan en ese plano de la pura disposición de vivir la fe por no llegar a entender, sentir y vivir la vida litúrgica. Su vida religiosa es de una pobreza lamentable, que no responde en modo alguno al grado de su fe y de su buena disposición.

De igual modo interesa que, después de hacer entender a los catequizandos que cada uno es responsable de la vitalidad del or-

ganismo vivo del Cuerpo Místico de Cristo, se les haga *participar* de algún modo en la *difusión de la doctrina* de vida y se dé a su actividad un sentido *apostólico*.

Es evidente que esta preocupación práctica de la catequesis deberá acentuarse en la medida en que el medio sea un medio des cristianizado. Donde se cuente con un medio que vive la religión, este último paso del proceso de la educación de la fe se resuelve sin gran esfuerzo y sin grandes dificultades. Las aplicaciones de la doctrina las da, en gran parte, la vida. Y el niño va adquiriendo los hábitos religiosos de modo espontáneo y natural. Donde no, será preciso tener en cuenta lo que representa la carencia de un medio favorable para tratar de superar de algún modo la dificultad que supone.

OLVIDO PRACTICO DEL FIN EN LA ENSEÑANZA DE LA RELIGION

Con estas breves reflexiones nos parece que queda esclarecido el problema del *fin* de la catequesis, de toda catequesis, de la *catequesis escolar*, por consiguiente. Ahora cabe preguntarse: ¿Se tiene suficientemente en cuenta que de lo que se trata en nuestras clases de religión es de educar la fe de nuestros alumnos? Esto es fácil admitirlo como principio doctrinal. Pero, ¿es un principio que rige realmente nuestra acción catequística? Todo catequista, todo maestro, todo profesor de religión ha de intentar responder objetiva y sinceramente a esta cuestión porque puede darle mucha luz para enjuiciar los resultados de su acción. «A menudo nos quejamos al comprobar el semifracaso de nuestro apostolado catequístico, al registrar un porcentaje siempre demasiado elevado de antiguos alumnos que no perseveran en la fe o van a engrosar la masa de cumplidores practicantes tradicionales, sin apreciable irradiación cristiana.

«Las causas de semejante situación son, evidentemente, múltiples y enumeramos, con razón, entre ellas, el mundo moderno, el ambiente en que viven, el cine, la televisión. Pero todos estos elementos, cuya acción nociva es indiscutible, no deben servirnos para probar la coartada, ni para tranquilizar fácilmente nuestra conciencia. Sin subestimar la influencia nefasta para la fe de los jóvenes de este «mundo» ya denunciado por Cristo, ¿no convendría

llegar hasta lo que constituye acaso la raíz misma de estas defeciones dolorosamente comprobadas. Nuestros niños, ¿han sido verdaderamente evangelizados en el catecismo? ¿O solamente instruidos y moralizados? ¿Se les ha llegado al corazón y se les ha convertido?»¹⁴. En una palabra, ¿nos hemos propuesto enseñar unos textos de religión o educar la fe? ¿Hemos buscado hacer sabios o creyentes?

Ya hemos dicho que en la catequesis actual hay un predominio lamentable de *intelectualismo*; que el espíritu escolar es un mal que está continuamente desvirtuando el efecto de nuestra acción catequística. No hay por qué volver a insistir sobre ello. Únicamente queremos, para terminar, aducir una prueba de que es la preocupación instructiva y no la educativa la que domina en la enseñanza de la religión. La tenemos, sin ir más lejos, en el criterio con que están elaborados los programas de enseñanza religiosa. Tanto en los «niveles de adquisiciones» de las escuelas primarias como en los programas de la enseñanza media, el contenido de la enseñanza religiosa aparece seccionado por materias: Catecismo, Historia Sagrada, Historia de la Iglesia, Liturgia, Dogma, Moral, Gracia y Sacramentos. Y en cada materia, por capítulos: un año se ven tales capítulos del catecismo y otro año tales otros. Este año, algunos temas de Historia Sagrada, y en años sucesivos los restantes. Un curso, unas cuantas «cosas» de liturgia, por ejemplo, la epístola, el evangelio, la consagración, la comunión; otro, el ofertorio, el sanctus, el Pater noster. Y así hasta haber visto toda la materia al final de la escolaridad.

Esta fragmentación del todo es buena desde el punto de vista instructivo. Poco a poco, una «cosa» tras otra, se va memorizando todo el contenido de la enseñanza religiosa. Desde el punto de vista educativo, no lo es.

También el enunciado de los diversos capítulos o lecciones y los epígrafes que comprende cada uno de ellos revelan una mentalidad netamente intelectualista. La lección segunda del segundo curso, por ejemplo, se enuncia así: *Nociones geográficas de Palestina*. Y los epígrafes son los siguientes: Situación, límites y extensión de Palestina. Montes y ríos. División territorial: Judea, Samaria, Galilea, Perea y Decápolis.

¹⁴ José NICET: *Misión del Catequista en la Iglesia*, pág. 71. Catequética La Salle, Madrid.

¿Qué diferencia hay entre este modo de enunciar un tema de religión y el de un tema de geografía? ¿No está bien claro el propósito de hacer que el alumno adquiriera conocimientos, «nociones»?

Tomemos otro capítulo como ejemplo: el décimo de quinto curso. Dice: *La virtud de la fe*. La fe. Concepto y divisiones. Objeto material y formal de la fe o Necesidad de la fe. Propiedades de la fe. Obligaciones positivas y negativas que nos impone la fe.

Podrían ponerse más ejemplos. Pero no es necesario. ¿Quién no ve en este modo de formular los enunciados una preocupación científica, de instruir, de hacer sabios más que de hacer creyentes? Es evidente que en todo esto no se tiene suficientemente en cuenta que el fin de la enseñanza de la religión es la educación de la fe. Hay pues, de hecho, un olvido práctico de este gran principio.

EL CONTENIDO DE LA CATEQUESIS Y SUS EXIGENCIAS DE ESTRUCTURACION

El problema del *contenido* o del *objeto* de la catequesis es, junto con el del fin, un problema capital. Justamente, por consiguiente, viene ocupando un primer plano en el movimiento catequístico actual. En los primros decenios de este siglo la preocupación de la catequesis se centró en el método. ¿Cómo proceder para hacer más asequibles a la inteligencia del niño y del adolescente las verdades de la religión y facilitar la comprensión de las fórmulas doctrinales? ¿Cómo hacer para sintonizar mejor con los intereses profundos de la psicología juvenil y lograr la máxima cooperación activa de los sujetos? Se creyó que la enseñanza de la religión sería eficaz si se realizaba con buenos métodos y se hizo un esfuerzo en la línea del perfeccionamiento metodológico que ha enriquecido la catequesis con la aportación de buena parte de las adquisiciones realizadas por la pedagogía moderna en el terreno de la metodología.

Pero el problema de la catequesis no se reduce al del método. No es simple cuestión de cómo enseñar. Es cuestión también, y, sobre todo, de qué cosa enseñar, es decir, de contenido. La fe que ha de ser, como hemos visto, fruto de la enseñanza catequística, no puede ser el resultado «de una enseñanza humana y de una versión metodológicamente asegurada de una correcta teología. A este fin es necesaria toda la fuerza intrínseca del Kerigma de Cristo y toda la

abundancia de su contenido divino. Del método no se puede esperar más que un servicio, ciertamente indispensable, pero tan sólo instrumental... Como escribe San Pablo a los romanos, *la fe viene de lo que se oye*¹⁵.

De ahí que en estos últimos años se haya llevado a cabo un trabajo intenso encaminado a revisar el contenido teológico de la catequesis con miras a determinar qué sea lo esencial del cristianismo y cómo se han de ordenar las grandes ideas, los grandes hechos y los grandes principios de la religión para que su conocimiento produzca todo el fruto que de suyo es capaz de producir.

Pudiera pensarse que al catequista, al maestro, al profesor de religión no le interesa entrar en el análisis de esta cuestión. Que es a los teólogos a quienes corresponde esclarecerla. Que él no tiene más que desarrollar el programa que se le proponga y enseñar el contenido doctrinal del catecismo o del libro de texto adoptado en cada caso como base de la enseñanza. Sin embargo, creemos que es importante tener ideas bien esclarecidas a este respecto para presentar siempre el auténtico objeto de la catequesis, sin mutilaciones que desvirtuen su valor. Máxime si se tiene en cuenta que no todos los programas ni todos los manuales de religión que hoy se elaboran están de acuerdo con las exigencias de una buena pastoral y será preciso tener criterio para juzgar de su valor y salvar las deficiencias que ofrezcan a la hora de utilizarlos. Será bueno, por consiguiente, que nos preguntemos cual es el objeto de la catequesis, cual su contenido esencial.

Resumiendo en breves ideas cuanto pudiera decirse sobre la cuestión, resulta que el contenido esencial de la catequesis, el objeto que la Iglesia tiene misión de transmitir a los hombres es el *Misterio de la Salvación*, Misterio que se resume en Jesucristo y consiste en el designio amoroso de salvar a los hombres (Ef., 1, 5), concebido por Dios desde la eternidad y realizado en el tiempo por su Hijo Jesucristo. Este Misterio, oculto en el secreto de Dios durante el tiempo fue preparado y anunciado ya en el Antiguo Testamento. Pero no es plenamente revelado y cumplido sino con la venida de su Hijo al mundo, el cual, habiéndose encarnado en el seno de la Virgen María, comunica a los hombres el mensaje de la Buena Nueva, los redime y los salva en la Pascua de su muerte y de su Resurrección.

¹⁵ ARNOLD: *Al servicio de la fe*, pág. 56. Ed. Herder.

ción, y prolonga su misión salvífica a través de los siglos por la Iglesia, en la cual vive y actúa por su Santo Espíritu. En la Iglesia y por la Iglesia, en efecto, prosigue Cristo anunciando a los hombres el Misterio de salvación. Y no solamente sigue anunciándolo, sino que lo actualiza y hace presente en la liturgia, de tal modo que, merced al ministerio litúrgico «cada hombre resulta contemporáneo y beneficiario del Misterio históricamente cumplido una vez para siempre»¹⁶. Cada vez que se celebra la memoria de este Misterio, se cumple la obra de nuestra redención¹⁷.

La catequesis tiene, pues, un objeto bien preciso. Tiene que enseñar, tiene que anunciar el Misterio de Cristo tal como es reconocido, celebrado y vivido en la fe de la Iglesia, para que el catequizando, el niño, el hombre, todo hombre, llegue a conocer el designio y la acción salvífica de Dios, reciba el mensaje salvador y responda a él positivamente, acogiendo con fe viva la salvación que se le ofrece y adoptando una actitud de cooperación a los designios divinos.

Si ahora descendemos a la realidad práctica de la enseñanza de la religión, resultará evidente que de lo que se trata no es de enseñar una serie de verdades dogmáticas y principios morales que se van adicionando hasta constituir un todo cuantitativo. No es cuestión de enseñar «cosas» y más «cosas». Porque un conjunto inorgánico de conocimientos carece de valor y de fuerza para suscitar la adhesión y el entusiasmo que debe suscitar una doctrina que ha de ser vivida. Y ahí puede estar la causa explicativa de que tantos jóvenes que han recibido enseñanza religiosa a lo largo de sus años de escolaridad adopten una actitud de desapego de la religión y se sitúen un poco al margen de ella al llegar el momento de asumir la responsabilidad de la propia vida. Es la *visión total* del Misterio cristiano lo que hay que ofrecer en todo momento al educando. La religión ha de presentarse, por consiguiente, en una *síntesis doctrinal unitaria y orgánica*, en la que aparezcan con trazos vigorosos las líneas esenciales de la estructura, las verdades dogmáticas, apoyándose unas en otras, adquieran consistencia, los principios morales tengan fundamento, y el todo constituya una integración vital.

Por supuesto que la síntesis doctrinal aceptable en catequesis no es la síntesis lógica, la del científico, que analiza, define y de-

¹⁶ José NICET: *Misión del catequista en la Iglesia*, pág. 78.

¹⁷ Secreta del domingo IX después de Pentecostés.

duce. Ya hemos aludido a los lamentables efectos que ha tenido el hecho de haber presentado al pueblo cristiano la doctrina en forma de tesis científicas reducidas y el haber dado a los catecismos carácter de pequeños tratados de teología. En orden a alimentar la fe del creyente, la síntesis que ofrece mayor interés es la síntesis personal cristocéntrica, es decir, la síntesis que sitúa en el centro a Cristo, «el enviado del Padre para anunciar al mundo la Buena Nueva de la salvación, el que con su muerte ha rescatado a todos los hombres y con su resurrección les ha abierto las puertas de la vida eterna; el que obra en ellos por su Santo Espíritu y les conduce hacia el momento final en el que juzgará a todas las naciones y pondrá término a la historia; el que ha de ser reconocido como Maestro, Salvador, Redentor y Señor; el que es la vida en la que los hombres han de ser injertados a fin de participar de su vida, de su palabra, de su amor redentor y del poder de su resurrección»¹⁸.

Si Cristo está de hecho en el centro y es el resumen del Misterio cristiano de la salvación, ¿puede haber síntesis más unitaria y perfecta que la que se centre en Cristo?

Por otra parte, en la persona y en los hechos de la vida de Cristo las verdades adquieren un carácter concreto que satisface plenamente las exigencias psicológicas de la inteligencia humana. El amor del Padre, por ejemplo, no es una abstracción, sino una realidad que se hace patente en el Hijo hecho hombre para salvar a los hombres. La obra de la Redención se vive en la pasión y muerte del Redentor. La divinidad de Jesucristo se manifiesta como verdad sólidamente fundada, no en argumentos, sino en sus milagros, especialmente en el de su resurrección.

Y si el fin esencial que ha de perseguirse en la enseñanza del contenido doctrinal religioso es lograr la adhesión personal del sujeto que lo recibe y su respuesta afirmativa al llamamiento divino, es evidente que todo ello se conseguirá mejor mediante una presentación cristocéntrica de ese contenido. El hombre se adhiere con más facilidad a una persona que a unas verdades abstractas. Y responde de mejor gana a una interpretación personal directa que a unos principios que establecen de modo frío y conceptual una línea

¹⁸ *Semana Internacional de Eichstätt*. Cfr. «Catéchistes», vol. 12 (1961).

de conducta. Por consiguiente, si lo que se propone en primer plano en la catequesis, especialmente al dirigirse al niño y al joven, es la figura impresionante de la persona de Cristo, el Hijo de Dios eterno, enviado por el Padre para redimir al mundo y enseñar a los hombres el camino de la salvación, será fácil lograr la adhesión ferviente y aun entusiástica a su divina persona. Tras esa adhesión vendrá la aceptación plena e incondicional de su doctrina: una doctrina que no comprende sólo las verdades ultraterrenas, sino que se proyecta también sobre las realidades terrestres con una luz que las hace ver todas en función de la eternidad. Y vendrá también la voluntad firme y resuelta de seguirle con decisión por el camino de renunciaciones y de generosidades que, a través de la vida real de cada día, conduce derechamente al Padre.

LOS PROGRAMAS DE ENSEÑANZA RELIGIOSA

Las anteriores reflexiones acerca del fin y del objeto de la catequesis, que pueden haber parecido un tanto teóricas, son fundamentales de cara a la práctica a la hora de elaborar un programa de instrucción religiosa o un manual de religión; o cuando hay que juzgar de la bondad y de la eficacia de un método o de un procedimiento pedagógico. Por no tener en cuenta estos principios básicos nos encontramos con tantos programas, con tantos libros de texto, con tantas clases de religión que, lejos de ofrecer esa visión total unitaria y orgánica del misterio cristiano que debieran ofrecer para suscitar y alimentar la fe, se reducen a proporcionar una doctrina fragmentada y muerta, un conjunto de verdades inconexas y de normas morales desvinculadas de las realidades dogmáticas que debieran darles vigor. Y en lugar de una estructura teocéntrica—cristocéntrica— de la religión, en la que aparezca Dios tomando la iniciativa de la salvación del hombre y realizándola por su Hijo Jesucristo, adoptan una estructura antropocéntrica en la que el hombre ocupa el primer plano y es quien toma la iniciativa de la propia salvación. ¿Qué tengo que hacer para salvarme? He ahí la gran pregunta que el hombre se formula. La respuesta a esa pregunta es: creer las verdades reveladas, cumplir los mandamientos, recibir los sacramentos, practicar los actos del culto... Y ante la perspectiva de ese «tener que hacer», de tantas obligaciones como se le echan encima, se produce una sensación de agobio que oprime

al espíritu. Qué lejos está entonces el contenido doctrinal de aparecer como el mensaje gozoso de la Buena Nueva que se recibe con regocijo y se vive con ilusión ¹⁹.

Una buena forma de programación es la que desde un principio y en cada curso ofrece una visión unitaria y orgánica de la totalidad esencial del misterio cristiano. Esto no quiere decir que en cada curso haya de repetirse lo mismo. Es evidente que tiene que haber un progreso y una novedad para que el curso de religión no se convierta en una repetición fastidiosa e inútil de lo ya visto. Por consiguiente, a esa primera regla fundamental habrá de añadirse esta otra: en cada curso ha de presentarse el contenido doctrinal de manera adecuada a las exigencias espirituales del momento para que en cada etapa de su vida pueda el individuo sentir el llamamiento divino y responder a él de acuerdo con sus posibilidades. Esto equivale a decir que en cada curso se ha de ofrecer una visión nueva del Misterio cristiano.

PROGRAMAS INACEPTABLES

A la luz de estas dos *reglas fundamentales* resultan, pues, deficientes determinadas formas concretas actuales de programación. Lo es en primer lugar esa tan generalizada de dividir la totalidad del contenido doctrinal en partes y ver una de esas partes en cada uno de los cursos de una serie. A veces se hace esta división de un modo tan rudimentario como es el de tener en cuenta el número total de páginas del libro de texto y asignar un determinado número a cada curso. Otras, se sigue el procedimiento más científico de asignar a cada curso una de las partes que comprende la sistematización científica de la doctrina: dogma, en un curso; moral, en otro; en otro, la doctrina de los sacramentos, etc. Esta *partición lineal analítica* del contenido ofrece el interés de presentar cada año cosa nueva y de ir progresando en el conocimiento doctrinal. Y desde el punto de vista intelectual permite dominar mejor y memorizar un todo que se va abordando sucesivamente por partes. Sin embargo, esto, que sería un valor digno de tenerse en cuenta en otras materias, no lo es en religión donde no se trata de memorizar simplemente un todo cuantitativo sino de conocer una realidad para

¹⁹ Conf. L. MALDONADO: *Enseñanza religiosa y Pedagogía de la Fe*, página 53 y ss. Ed. Verbo Divino. Estella.

adherirse a ella y vivirla. Porque no puede prestarse adhesión a algo que no se conoce más que fragmentariamente. Y porque no puede esperarse a que haya concluido una serie de cursos de religión para conocer algo que ha de ser vivido desde un principio. Es, por consiguiente, inaceptable un sistema de programación que secciona en lo vivo y fragmenta la realidad total de un misterio que es esencialmente unidad.

Otra forma de programación muy generalizada a la que es necesario referirse es la que se conoce con la denominación de «programas concéntricos». En esta forma se considera el contenido doctrinal como un todo que se ha de estudiar de forma completa cada curso, pero ampliando la materia cada año a la manera como se amplía el campo de los círculos concéntricos que cada vez van prolongando un poco su radio. Se señalan en el texto con un asterisco las cuestiones que se consideran más importantes y más sencillas, y son las que se estudian en un primer curso. Al curso siguiente se vuelven a estudiar esas mismas preguntas añadiéndoseles algunas más que se señalan con dos asteriscos. Y así se van añadiendo preguntas, se van ampliando cuantitativamente los círculos, hasta ver la totalidad de la materia.

El algunos casos se adopta el sistema de hacer catecismos de diversos grados en los que cada grado va aumentando a base de añadir preguntas a las del grado precedente.

Esta forma, que aparentemente ofrece tantas ventajas y que a menudo tiene tanta aceptación, es juzgada muy duramente por cuantos se plantean el problema de su valor²⁰. «El principio de los ciclos concéntricos, escribe Jungmann, ha caído totalmente en desuso. Se considera como símbolo de la escuela memorística, en oposición a la escuela viva que trata de educar»²¹. Es cierto, en efecto, que la repetición sucesiva asegura el aprendizaje de las nociones. Es un repasar continuo que facilita la memorización. Y es cierto también que aparentemente hay una novedad, puesto que cada año se va añadiendo algo nuevo. Pero la repetición, una y otra vez, de lo ya visto anteriormente produce a menudo una saturación que acaba por cansar y disgustar.

Por otra parte, el aumento doctrinal de cada curso es netamente cuantitativo y no responde al criterio de ofrecer cada vez algo que

²⁰ Conf. Josef A. JUNGMAN: *Catequética*, pág. 121 y ss. Herder, 1957.

²¹ JUNGMAN: *Op. cit.*, pág. 122.

satisfaga los intereses psicológico-religiosos del niño y le permita irse adentrando en el misterio cristiano y vivirlo más plenamente. Pudiéramos referirnos a otras formas insuficientes de programación, como la partición lineal histórica, o la psicológica. Pero basta con estas que son las más frecuentes.

UNA FORMA ACEPTABLE DE PROGRAMACION

La forma de programación satisfactoria será la que sepa aprovechar las ventajas de las anteriores eliminando sus inconvenientes; la que atienda a la vez al aumento de los conocimientos y a la profundización en la actitud interna de conversión, de progreso en la fe.

Es plenamente aceptable, por consiguiente, el programa que presenta cada año todo lo esencial del misterio cristiano: Dios, Jesucristo, el Espíritu Santo, la Iglesia, la Virgen Santísima, la vida cristiana... Todos los años se hace un recorrido total. Pero no según el esquema de círculos concéntricos, sino según el de una línea espiral cónica que, al mismo tiempo que amplía su radio, va elevándose de nivel, de tal manera que el alumno, repitiendo todos los años los temas fundamentales, tiene la sensación de andar siempre por un camino nuevo. Y la novedad procede no sólo de la amplitud con que se aborda un tema sino del aspecto desde el cual se considera, del elemento integrante de una cuestión que se pone más de relieve, de la mayor insistencia sobre la parte dogmática, la moral o la sacramentaria, de la perspectiva práctica que se da a los principios doctrinales; de la fuente bíblica, litúrgica, o teológica a la que preferentemente se recurra. Y todo esto, es decir, el camino que en cada momento, en cada curso, se recorra está determinado, no por un criterio apriorístico, sino por el de las exigencias psicológico-religiosas de los educandos. En cada curso se va buscando el modo de satisfacer las necesidades espirituales de quienes reciben la enseñanza del contenido doctrinal.

Una programación así responde plenamente a las dos reglas fundamentales que antes hemos señalado: la de presentar cada año la totalidad del Misterio cristiano y la de que cada vez ofrezca una perspectiva nueva.

Para conseguir que los temas tengan una estructuración perso-

nal, cristocéntrica, lo mejor será ordenarlos de manera que respondan a las grandes líneas de la historia de la salvación.

Es conveniente, además, acompasar su desarrollo al ritmo del año litúrgico, porque así la catequesis se beneficia del clima psicológico religioso y de la actitud interior que crean los acontecimientos celebrados por el pueblo cristiano a lo largo del año. Y, a su vez, facilita la comprensión y la vivencia de esos acontecimientos, contribuyendo a una participación más consciente en las celebraciones litúrgicas. Este acompasamiento no ofrece gran dificultad si se tiene en cuenta que la liturgia sigue los pasos de la historia y que los tiempos del año escolar, corresponden un poco a los del año litúrgico. En el primer trimestre tenemos el Adviento con los temas de Dios manifestándose en la Creación, en sus intervenciones en la historia del pueblo de la Antigua Alianza y en la Encarnación y venida al mundo de su Hijo Jesucristo. En el segundo, está el gran acontecimiento de la Pascua con los temas de la vida de Cristo, quien, después de habernos enseñado su divina doctrina, nos redime con su muerte y con su resurrección. En el último, finalmente, está Pentecostés con los temas del nacimiento y de la vida de la Iglesia en la que Cristo continúa su acción salvadora y santificadora por la acción del Espíritu Santo.

Todavía no es fácil encontrar cosas hechas que satisfagan plenamente las necesidades de la catequesis en este terreno de los programas. Sin embargo, la mayor parte de los programas que se establecen en la actualidad se atienen generalmente a estos principios que acabamos de exponer. Y son cada vez más numerosas las guías, los libros o las carpetas destinados a orientar a los educadores en el desarrollo de un buen programa de formación religiosa²².

El hecho de que hayan de utilizarse libros de texto que no estén estructurados de acuerdo con estos criterios de programación no constituye ninguna dificultad insalvable. Si no es el texto el que manda, como no debe serlo nunca, y especialmente en estas circunstancias, será uno de los elementos utilizables en el desarrollo de un buen programa. A él se recurrirá para buscar la formulación de la doctrina de cada tema y a él se remitirá a los alumnos para que

²² Conf. J. M. ESTEPA: Colección «Luz de los hombres». Ediciones Marova, S. L., Madrid. *Guide III*. Casterman, 1961. *Guide pour le catéchiste. La vie le Christ*.

la estudien en la medida en que sea necesario, sin que en ningún momento sea ni deje de ser otra cosa que un mero instrumento.

Este es el criterio que actualmente rige en los programas, en las guías y en los libros a los que nos estamos refiriendo.

Quizá pudiera pensarse que unos programas así concebidos, sólo pueden tener valor para los cursos elementales, no para los de la enseñanza media, donde se tienen unos cuestionarios y unos libros de texto que seccionan la materia y la reparten a lo largo de diversos cursos. Así es, en efecto, y así tienen que ser, en principio, los cursos de religión de la enseñanza media. Para estudiar la materia con la amplitud que se exige en estos niveles de enseñanza, es necesario abordarla por partes en los sucesivos cursos. Pero ello no impide que cada año se ofrezca una visión unitaria y orgánica de la totalidad del misterio cristiano. Es más, esto se impone, incluso, en virtud del hecho mismo de la fragmentación. En modo alguno debe presentarse la doctrina correspondiente a un curso como algo separado y desvinculado del resto. Por consiguiente, ha de cuidarse de situar eso que en un curso se estudia con más detenimiento y amplitud, en el lugar que le corresponde dentro del conjunto de la doctrina de la salvación y establecer las conexiones fundamentales que tiene con las demás partes. Para ello será necesario, y suficiente poner al principio alguna lección de tipo introductorio. Luego, a lo largo del curso, especialmente al comenzar los grandes capítulos, se cuidará de poner de relieve la referencia a la totalidad. Y al tratar las diversas cuestiones se relacionarán siempre brevemente con las verdades o principios con los que tengan mayor conexión. Quizá al final convenga también poner como colofón alguna lección que cierre y complete la visión del todo.

* * *

Con esto no hemos mencionado todos los problemas de la catequesis escolar. Quedan otros que acaso aparezcan con carácter de mayor urgencia en el orden práctico: problemas de métodos, de libros de texto, de material... Pero nos parece que éstos del espíritu, de la naturaleza, del fin y del contenido, son de mayor fondo. Y que resueltos éstos, quedan en gran parte resueltos, o en vías de fácil solución, todos los demás.

Este Sagrado Sinodo confirma y alaba a los hombres y mujeres, hermanos y hermanas que, en los monasterios, en las escuelas y hospitales o en las misiones, ilustran a la Esposa de Cristo con la constante y humilde fidelidad en su consagración y ofrecen a todos los hombres generosamente los más variados servicios.

Const. De Ecclesia (Concilio Vaticano II).